

## LA BORDADITA

Discurso pronunciado en la capilla de este Colegio Real Mayor durante la fiesta patronal el año pasado.

*In me gratia omnis viæ et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis.* (Eclesiástico: 24,25).

Ilustrísimo y Rdmo. Señor Rector, profesores, colegiales y estudiantes de este insigne Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario:

En aquel gran elogio de la sabiduría que compuso Jesús, el hijo de Sirach, se encuentran estas bellas expresiones que la Iglesia aplica, como otras muchas alabanzas de este libro, a la Santísima Virgen.

La gracia del buen camino, la gracia de la verdad, está en María. En ella está también la esperanza de toda virtud y de la vida eterna.

La verdad y la virtud en el camino. La vida eterna en el término. Y la esperanza para acertar con el camino y para llegar al término, en María.

Con cuánto acierto, pues, el insigne fundador de este Colegio señaló a sus colegiales como patrona y abogada a la Virgen María, para que bajo su maternal protección alcanzaran la ciencia y cultivaran la virtud.

La ciencia y la virtud, la verdad y el bien, son los dos polos al rededor de los cuales gira toda la vida del espíritu. Nuestro entendimiento está hecho para alcanzar la verdad, y no se satisface hasta que da con ella plenamente, hasta que encuentra explicación a todos los fenómenos de la naturaleza y a todos los misterios del espíritu, hasta que halla la última causa de todas las causas. También es infinita la capacidad de la voluntad para buscar y amar el bien. La voluntad creada siente su propia limitación y tiene conciencia de que fuera de su propio sér se encuentran muchos bienes y se encuentra el manantial mismo de los bienes, y su impulso interior la lleva, no con tendencia egoísta, sino con la más bella tendencia, que es

el amor, a buscar esos bienes, a buscar el manantial de todo bien, para recibir de él los que le faltan y para descansar en la entrega amorosa y en la mutua posesión.

Toda la vida racional se reduce a buscar la verdad y amar el bien. Pero de una manera especial es viva en la juventud la tendencia a estas altas metas del espíritu. Siente el joven por primera vez toda el ansia de saber y toda la necesidad de amar, de amar con amor puro, con amor que no es la tendencia animal a convertirlo todo en el propio provecho, sino la tendencia espiritual de entregarse a un ideal. Frescas las fuerzas, vigorosas las alas del espíritu, sin el peso muerto de los prejuicios, de los errores, de los desengaños de la edad madura, y abierto y luminoso el horizonte, no puede menos de lanzarse el joven con toda su energía primeriza tras la verdad y el bien.

Si en todas las edades de la vida María es el faro luminoso que nos guía en el camino de la verdad y el insuperable modelo para aprender a asimilarnos todo bien, en los años de la juventud ese faro, ese modelo debe estar con más razón y con más viveza siempre presente en el espíritu. Y si se trata no ya de cualquier clase de jóvenes, sino de aquellos que han hecho del estudio y de la virtud su profesión, y el único anhelo de su vida, hay doble razón para que el culto de la Virgen ocupe en sus corazones lugar preferente. Mas sube de punto esta consideración si nos dirigimos, no a cualquier clase de estudiantes, sino a vosotros, los que ostentáis con orgullo el título de estudiantes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, los que continuáis en estos claustros la tradición secular de tantas generaciones de jóvenes cristianos y amantes de la Virgen, los que veneráis como fundador a aquel egregio varón, y gran devoto de nuestra Señora, Fray Cristóbal de Torres, que siendo confesor de la corte de España, enseñaba a los cortesanos a rezar el rosario, y siendo arzobispo del Nuevo Reino enseñaba también a rezarlo a los pobrecitos indios que apenas sabían bañucir el castellano. Desde los dorados salones de la corte hasta las humildes chozas sabaneras, resonaron y resuenan aún con las alabanzas de María por obra en gran parte de vuestro piadoso fundador.

Cuando dio, pues, a su obra predilecta el nombre de Nuestra Señora del Rosario, no lo hizo a la ventura, ni por algún caso fortuito, sino por dar expresión a sus más vivos sentimientos. Y por eso, cuando a los pocos meses de inaugurado su colegio, vio llegar tan intempestivamente su última hora, reunió al rededor del lecho de su agonía a sus queridos colegia-

les, y haciendo un supremo esfuerzo se incorporó y les dijo que él los abandonaba, porque la muerte es inexorable; pero "que pusieran toda su confianza en María Santísima del Rosario, a quien les dejaba para su amparo, su refugio y único consuelo".

Bordada por manos reales ha presidido la devota imagen del Rosario esta capilla desde los tiempos del Fundador hasta nuestros mismos días, sin que tantas vicisitudes por que ha pasado nuestra Patria la hayan jamás quitado de su trono. Impresa con más vivos colores, porque son los colores del amor, ha vivido y vivirá en los corazones de todos los rosaristas. En ella tienen todos puesta su confianza. De ella esperan todos recibir la ciencia y la virtud.

Que no es ésta una vana esperanza, sino sentimiento vigoroso, fundado en las más sólidas verdades de nuestra religión cristiana, es lo que yo quisiera recordar en este día. Antes de hacerlo, no dejemos la piadosa costumbre de invocar a la misma Virgen santa con las palabras del ángel.

Ave María.

Pudiera parecer a alguno que siendo Jesucristo Nuestro Señor el único mediador entre Dios y los hombres, no hay razón para que esperemos recibir los altos dones del espíritu de manos de la Virgen.

En verdad Dios Nuestro Señor hubiera podido planear y realizar nuestra redención sin tener en cuenta más que a la humanidad pecadora por una parte y a su Hijo redentor por otra. Cristo hubiera podido salir como salió Adán de las manos del Creador, con naturaleza semejante a la nuestra, pero sin ningún vínculo de origen con la familia humana. No quiso, sin embargo, el Señor esta clase de redención. Quiso más bien que el redentor fuera fruto del mismo árbol corrompido de la humana gente, que pudiera con verdad llamar madre suya a una mujer.

Cuánto más bello este plan en que el Redentor aparece como la flor más preciada de esta planta que ha dado tantas flores venenosas; como una gloria, como un orgullo, como un lujo de la familia humana, la cual, atraída por la misericordia de Dios, se levanta poco a poco del cieno en que yacía, y se va elevando hasta tocar la esfera misma de la divinidad.

Fue primero Abrahán, el que siguiendo el llamamiento divino dejó su tierra y la casa de su padre para ir a fundar en tierras lejanas el pueblo escogido de Dios. Y aunque ese pueblo prevaricó muchas veces, nunca faltaron en él altísi-

mos ejemplos de virtud y religiosidad: los patriarcas, Moisés el legislador, los jueces, los profetas, David el cantor del arrepentimiento sincero, piadosos reyes y heroicas mujeres. Y al lado de esos ejemplos vistosos, cuánta religiosidad y cuánta virtud en la vida oculta de los hogares israelitas. Cuántas familias como la de Tobías, en las que la confianza en Dios y el amor al prójimo, en contraste con el egoísmo y la impiedad ambiente, inspiraban toda la vida familiar.

Uno de esos hogares del pueblo escogido llegó en la plenitud de los tiempos al más alto grado de perfección. La humanidad se acercaba al trono del Altísimo. Entonces vio el Creador que había llegado la hora de hacer en la creación su obra maestra. Toda la santidad de los ángeles y de los hombres junta en un solo foco, había de ser el comienzo no más de la perfección que Dios quería realizar en aquella alma escogida. *Fundamenta ejus in montibus sanctis*. Las más altas cumbres de la santidad son apenas el cimiento del nuevo edificio.

En la historia del mundo hubo un momento de tregua. La corriente del pecado, que había inficionado hasta entonces a todos los nacidos, se detuvo. Y en el hogar de una humilde mujer y de un piadoso israelita brotó la flor más bella de la humanidad, y apareció María, preservada del pecado original y llena desde el primer instante de su concepción de los más grandes tesoros de la gracia. Es que Dios preparaba de esta manera a la que había de ser la madre del Verbo encarnado. Es que aquella mujer había de estar muy elevada por encima de todas las creaturas, porque de ella había de nacer el Redentor, en el cual habían de juntarse en estrecho abrazo la naturaleza divina y la naturaleza humana, realizando así la síntesis sublime no sólo de toda la creación, sino del mismo Creador con la creatura.

En María ascendió la humanidad hasta el trono del Altísimo, y por María bajó la divinidad a ponerse en contacto con nosotros. De manos de María recibimos al Redentor y con él todos los bienes. Si Cristo es el camino, la verdad y la vida, y a Cristo lo recibimos de manos de María, luego de María recibimos el camino, la verdad y la vida. Dios está entre nosotros, pero para encontrarlo tenemos que llegar con los humildes pastores o con los sabios del Oriente hasta el portal de Belén, donde se halla en los brazos de su madre.

Por eso la figura de María ha llenado toda la historia de la Iglesia. Por eso su espíritu se siente presente dondequiera

que es conocido y honrado Jesucristo. Por eso está ella indisolublemente ligada a la obra de nuestra redención. Por eso, si Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres, María es la única mediadora para encontrar a Jesucristo.

La familia humana se alegra y se gloria al ver a esta hija predilecta tan cerca de la divinidad, que pertenece al mismo orden de la unión hipostática. Se siente exaltada considerando a qué grado de perfección puede llegar con la gracia de Dios este limo de nuestra ruin naturaleza. Toda eres bella, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna, le dice el mismo Señor. Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro linaje, contesta el pueblo cristiano.

Soñamos en el interior de nuestras almas en un ideal de perfección. Una creatura que no se salga con rebeldía de su puesto ni se abata con ruindad al nivel de los brutos animales; una alma cándida, religiosa, humilde, casta, prudente, llena de amor para con sus semejantes, desprendida de todo provecho personal, pronta a sacrificarse por los demás, pura, llena de sabiduría, llena de bondad, llena de gracia, llena de santidad, y encontramos ese ideal realizado entre nosotros. Realizado en la Virgen María.

¿Qué extraño, pues, que todo el mundo la ame y la ensalce con las más sublimes alabanzas? ¿Qué extraño que todo cristiano tenga en su corazón un altar para esta madre y reina de todas las virtudes?

Por eso el culto de María es algo inseparable de la cultura cristiana, es algo que trasciende a todos los tiempos, a todos los lugares, a todos los estados, a todos los corazones. El cielo de la liturgia católica está tachonado de bellos luceiros que son las fiestas de la Virgen. Todos los pasos de su vida, desde su concepción inmaculada hasta su ascensión a los cielos, son días festivos para los cristianos. Sus devociones, tales como el rosario y el escapulario, son universales. No hay pueblo que no tenga uno o más santuarios donde honra de un modo especial a Nuestra Señora y recibe de ella constantes favores. No hay hogar donde no se venere su imagen. No hay corazón que no la ame. No hay lengua que no la invoque. La salutación del ángel es la primera oración que aprendimos de nuestras madres, y será la última palabra de nuestros labios moribundos.

El arte la ha tomado como objeto predilecto de sus más bellas creaciones. Los más grandes pintores han copiado su imagen con los colores del iris y los tonos más bellos de la

aurora o más melancólicos del crepúsculo: madre feliz o madre dolorosa. Los más suntuosos templos se han levantado en su honor en todo el mundo. Los más dulces cánticos se entonan en su nombre. Y la elocuencia y la poesía llevan ya veinte siglos de estar en competencia a ver cuál dice los más bellos y los más sentidos elogios de la que es prototipo de belleza y reina de las artes.

La historia de la Iglesia es la historia de sus triunfos. *Salve María, cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.* Tú sola, se atreve a decirle la Iglesia, has vencido las herejías en todo el mundo. Cuando los infieles bajo las insignias de la media luna amenazaban devastar la cristiandad y raer de la tierra el mismo nombre de cristianos, un valeroso capitán, invocando a María y enarbolando su estandarte hundió para siempre el poder de los enemigos de Cristo en las aguas de Lepanto. Y cuando en el reloj de la Providencia sonó la hora de completar la redondez de la tierra y abrir este continente para la civilización, un marino genovés armó tres naves, y la capitana entre ellas fue la Santa María. Todo el amor de la cristiandad parece que iban condensado en aquella imagen que flotaba al viento, mientras las navecillas temerosas surcaban el mar desconocido. María alentó el pecho de aquel gran navegante y lo sostuvo en las amargas horas de la incertidumbre. Ella guardó de los terribles peligros de la mar bravía aquel puñado de valientes, y ella abrió ante sus ojos atónitos en un doce de octubre, día en que celebra España la fiesta de la Virgen del Pilar, el abanico inmenso de las tierras vírgenes, adonde había de trasplantarse, para crecer con nuevo esplendor, la civilización cristiana.

Aquellos valientes caudillos que asombrando al mundo recorrieron en todas direcciones este continente, fundando en montes y valles prósperas ciudades, venían todos animados del amor de la Virgen, y dejaron huellas indelebles de su devoción en tantos montes, en tantos ríos, en tantas ciudades como bautizaron con el nombre de Nuestra Señora, y en tantas iglesias y capillas como levantaron en su honor.

Santa María la Antigua del Darién se llamó la primera ciudad fundada en tierra firme, y precisamente en territorio de nuestra patria.

Y aún hoy se ve el continente americano tachonado también con los nombres de las advocaciones de la Virgen, desde el de Concepción, tan frecuente en todas nuestras latitudes, hasta el de Asunción, con que se honra la capital de uno de los más valientes pueblos de la América.

Nuestra vida familiar, nuestros recuerdos infantiles están saturados del aroma de la devoción a la Virgen. ¿Quién hay que no cuente entre las personas queridas algunas que llevan el nombre de María o de cualquiera de sus advocaciones? ¿Quién no recuerda la imagen familiar, que manos maternas pusieron sobre el lecho para velar nuestro descanso? ¿Quién no percibe con añoranza, a través de los años, el dulcísimo mes de María, el altar adornado con luces y flores, y la media lengua del niño que decía sus poesías sin entenderlas tal vez, pero derramando en ellas todo el afecto de su inocente corazón? ¿Quién podrá arrancar de nuestros pechos el amor y el culto de la Virgen Santa? ¿Quién no recuerda que un día ante el altar de la Virgen cobró fuerzas para cumplir con el deber austeramente? ¿Quién no ha corrido a llorar sus flaquezas y sus caídas en el seno de esta madre de misericordia?

¿Podremos olvidar a María? ¿Podremos ser indiferentes a su culto? ¡Ah, no! Antes podrán arrancarnos el corazón, que arrancar de él el amor a Nuestra Señora. Nuestro último recuerdo será para ella. Nuestra última mirada será buscando su imagen. Nuestra última lágrima será enjugada por sus manos. Nuestra última esperanza será encontrarnos con ella. Nuestra última súplica: muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

No sin especial disposición divina estuvo presente la Santísima Virgen en el monte Calvario cuando su Hijo consumaba el sacrificio de nuestra redención. *Stabat mater dolorosa juxta crucem lacrimosa dum pendebat filius*. Firme estaba la madre aunque traspasado de dolor el corazón, mientras su hijo se inmolaba. Y es que Dios quiso deshacer el daño de nuestros primeros padres por medios semejantes. Un árbol fue en el paraíso el principio de nuestra condenación, y el árbol de la cruz fue en el Calvario el principio de nuestro remedio. Eva estuvo junto a Adán en la caída; María debía estar junto a Jesús en la reparación. Por eso los santos Padres la llaman corredentora del género humano. Porque plugo a la divina bondad asociarla de tal modo a la obra de la redención, que todas las gracias que el Señor Jesús nos mereció, vengan a nosotros por medio de María.

Doctrina es ésta que pudiera parecer exagerada si no la viéramos sostenida con tanta unanimidad por los santos Padres, por los doctores y pontífices a través de toda la historia de la Iglesia.

Ya en el siglo IV llama San Efrén a la madre de Dios “fuente de gracia y de todo consuelo, puerta del cielo, y dispensadora de todas las gracias.” (1)

Pasando en silencio muchos siglos, para no recoger sino los más ilustres testimonios, oigamos a San Bernardo, uno de los más inspirados cantores de las glorias de María, quien con cariñosa insistencia nos enseña esta verdad. En una parte dice:

“Mirad con cuanta devoción quiso el Señor que honráramos a María, pues puso en ella la plenitud de todos los bienes. Quitad este sol material que nos alumbra. ¿Dónde está el día? Quitad a María, estrella del mar, mar de veras grande y espacioso. ¿Qué quedará sino oscuridad que todo lo envuelve en sombras de muerte y espesas tinieblas? Veneremos a María de lo más íntimo del corazón, con todos los afectos del alma y con todas las fuerzas del desec, porque ésta es la voluntad de Aquél que quiso que lo recibiéramos todo por medio de María.” (2)

San Alberto Magno, el maestro del de Aquino, dice expresamente: “La Santísima Virgen se llama llena de gracia, porque todas las gracias, sin faltar ninguna, pasan por sus manos.” (3)

Los últimos pontífices, que con mano firme han regido la Iglesia en medio de las tempestades de los últimos tiempos, Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y nuestro actual venerado Pontífice, todos han repetido en diversas ocasiones esta misma doctrina:

“Con tanta verdad como propiedad podemos decir, afirma León XIII, que por voluntad de Dios, de aquel inmenso tesoro de gracias que trajo el Señor, nada absolutamente se nos concede sino por medio de María.” (4)

Finalmente, para no hacernos interminables, nuestro actual pontífice, en su encíclica *Miserentissimus Redemptor* compendia en una sola frase esta doctrina de la mediación universal de nuestra reina.

“La Virgen madre de Dios, cuando nos dio a nuestro Redentor, cuando lo alimentó y cuando al pie de la cruz lo ofreció como hostia, por su unión misteriosa con Cristo y por

(1) Migne, Patrología griega, t. 65.

(2) Migne, Patr. latina, t. 183, C. 441.

(3) Mariale, 9. 147.

(4) Encíclica *Adjutricem*.

una gracia singular fue y se llama piadosamente nuestra reparadora. Nóz confiamos en su intercesión para con Cristo, siendo el único mediador entre Dios y los hombres quiso asociar consigo a su madre como abogada de los pecadores, dispensadora y mediadora de la gracia.

Nada quita esta prerrogativa de la Virgen a la gloria de nuestro divino Redentor; antes nos muestra con más claridad la suma benignidad del Señor Supremo para con nuestra familia pobre y pecadora. Quiso allanarnos de tal modo el camino para volvernos a El, que no sólo se hizo hombre para buscar a los hombres, sino que elevó a una hija de nuestro linaje, pura criatura como nosotros todos, a las alturas de la divinidad, para que extendiendo ella su mano misericordiosa, su mano de madre, nos levantara hasta ponernos entre los brazos mismos de nuestro padre que está en los cielos.

Tal vez en esta doctrina de la mediación universal de María quede alguna tenue niebla que no es ésta ocasión de disipar. En lo que no podemos tener duda ninguna es en que María intercede por nosotros y en que su intercesión es siempre eficaz a nuestro favor.

Ella nos ama como a hijos. No sólo porque formamos el cuerpo místico de su verdadero hijo Jesucristo, sino porque al pie de la cruz recibió del hijo moribundo este encargo que ella no puede olvidar. Todo el género humano estaba representado en San Juan, a quien Jesús, próximo ya a dar el último suspiro, dijo: Hé ahí a tu madre. Y volviéndose a la Virgen añadió: Hé ahí a tu hijo. Ella, según la creencia universal y la tradición constante de la Iglesia, está en el cielo en cuerpo y alma intercediendo por nosotros pecadores. Ella, que en las bodas de Caná hizo fuerza a su divino hijo para que adelantara el momento en que había de comenzar a manifestarse milagrosamente, porque no pudo sufrir que aquellos humildes campesinos no tuvieran para su fiesta el vino suficiente, cuando ve que se agota en nuestras odres el vino de la sabiduría y que nuestros labios están sedientos de la verdad y el bien, ¿dudará un momento en atender nuestras súplicas e interceder por nosotros? ¿O dudará un momento su divino hijo en escucharla? Con cuánta razón la han llamado los santos padres la omnipotencia suplicante. Cuántos santos y varones ilustres de la Iglesia confiesan deber a la Santísima Virgen toda su ciencia y toda su virtud. Mas ¿para qué queremos lejanos testimonios? ¿No es acaso este mis-

mo Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario una prueba elocuentísima de que el patrocinio de María es eficaz para guiar a la juventud por las sendas de la ciencia y por los caminos del bien?

Todos los que han tenido la dicha de formarse al abrigo de estos claustros venerados, aprendieron desde temprana edad a invocar a María como patrona de sus estudios y de sus anhelos de virtud. Y ved qué admirable floración de sabios maestros y de insignes patriotas y de virtuosos ciudadanos los que presenta a la Patria este Colegio.

Desde sus antiguos retratos nos miran unos cuando recorreremos estos claustros; otros nos hablan desde sus tumbas en esta capilla, y otros desde las páginas de nuestra historia nos dan constantemente las más bellas lecciones de virtud, de lealtad, de desinterés, de fe robusta, de caridad cristiana, de justicia sin debilidad, de misericordia sin flaqueza, de valor sin cobardía, de patriotismo sin tacha.

Cuántos dieron la vida por no traicionar sus más caros ideales. Cuántos sacrificaron todos los bienes de la tierra por cumplir con su deber. Y cuántos conservaron viva hasta la muerte la lámpara de la fe para llegar con ella hasta los umbrales de la misteriosa eternidad.

Jóvenes amigos que tenéis la dicha de llamaros rosaristas, sucesores en estos claustros de tan ilustres varones: sed fieles también vosotros al espíritu de vuestro admirable fundador. Poned el deber por encima de todo. Buscad la verdad antes que nada. Y acordaos siempre que esta imagen que cariñosamente llamáis la Bordadita, representa a aquella que os dejó por patrona Fray Cristóbal. Y más aún, representa a la que el mismo Dios nos ha dado por reina, y por madre, y por faro, y por guía, a aquella mujer elevada por la gracia del Altísimo hasta las esferas de la divinidad, para que por ella obtengamos la gracia de la verdad y de la virtud y de la vida eterna. *In me gratia omnis viæ et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis.*

FELIX RESTREPO

Decano de la Universidad Javeriana